

Méllitta se acurrucó en el suelo, sobre la piel extendida junto al diván.

—Tú eres como esto—le dijo.—Tú eres como el beleño. ¿No sabes qué es beleño? Tu hermano, el veterinario corazón de león, ¿no te lo ha dicho nunca? Tú eres como el beleño: calmante del sistema nervioso, hipnótico excelente en los casos de monomanía aguda, de parálisis agitante y de *delirium tremens* pero al fumarlo excita, embriaga, alucina, provoca la felicidad; y después trae el delirio, y después del delirio, la muerte. Hay que tomarlo como prescribe la farmacopea. Si yo te hubiese tomado a ti como prescribe la farmacopea moral, hoy sería feliz. He querido tomarte de distinta manera. ¡Y ahí está el error!

—Te había escrito—dijo Méllitta, reuniendo bajo sí varios almohadones—una de esas cartas que no se releen, porque si vuelven a leerse ya no se echan.

—Me figuro que la habrás releído.

—He preferido venir a hablarte.

Le cogió las manos, con las suyas, ardientes. Ciertos animales tienen una temperatura superior a la nuestra: el tigre, cuarenta grados. Méllitta estaba ardiente.

—¿Y qué vas a decirme?—le preguntó él desli-gándose.

La mujer se levantó, dió unos pasos por la estancia, absorta, y apoyó en un mueble su débil figura curvilínea.

—Tú me odias, Mauro. Yo te amo todavía.

Mauro aspiró una bocanada de humo verdoso, que cruzó la cánula de vidrio, y la sopló sobre el suelo. El humo quedó pesante, como estaño.

—No te odio. Me eres indiferente.

—Yo, por el contrario, te amo. Tú sabes cuánto me pesa mi casa, después de lo ocurrido. He viajado siempre: hoy tendría mayor libertad para viajar y más razón para ello, para separarme de mi

familia. Pues si me quedo aquí es solamente por estar cerca de ti.

—¿Quisieras estar más cerca aún?

—Quisiera—y se adhirió materialmente a él—ser recibida como se acoge a una amante, con la que no se tiene otra obligación que la de quererla bien.

—¿Te parece poco?

—Es poco. Tendría derecho a ser recibida aquí dentro como una esposa.

—¡Ah! Pretendes el cumplimiento del contrato matrimonial, incluso con amenazas? Por algo has sido educada en la escuela de un enérgico hombre de negocios.

—No me has dejado terminar. Me insultas muy pronto. Pido ser recibida de vez en cuando como una amante. Como una amante que te quiere bien.

La tortuga del empavonado escudo brilló como un gran collar que anduviese. Mauro le echó una bocanada de humo, y lanzó una risotada metálica, cayendo de nuevo boca arriba, con la pipa entre los dientes.

La mujer calló. El humo beleño, esparcido por la estancia, dábale también a ella una especie de blanda embriaguez, una confusión enervante, un desorden de pensamientos imprecisos. Sonrió con aquella sonrisa suya hecha como de dos labios que se entreabriesen lo bastante para dejar blanquear por entre ellos dos incisivos.

—¡Tú también!—ordenó Mauro, metiéndole entre los dientes la pipa de vidrio.

Ella aspiró.

—Una vez tú, otra vez yo. Esta para mí, esta para ti...—y entretanto iba pasando la pipa de la boca de ella a la suya propia, y de la suya propia a la de ella.

—¡Tengo sed!—dijo Méllitta;—y cogió la botella prismática de licor.

—¡Hermosa!—murmuró Mauro, admirándola con los ojos semicerrados.—E inteligente. La intelligen-

cia es lo único que redime de la vergüenza de ser hombre. Tú me amas y tienes piedad de mí. En la piedad de las mujeres hay siempre un poco de oficiosidad, de sadismo o de necrofilia. Tu amor abracadabrante me gusta porque me envenena; tú eres como esas máquinas ingeniosas que en un instante extraen raíces cuadradas y parecen juguetes; se llaman calculadoras. Eres una bella calculadora y pareces un juguetito; pero te perdono porque este paseo es muy bonito; el mar está perfumado de magnolias; alguna sultana embarcada ha dejado caer su collar; no hacer crujir los dedos; me da mucho fastidio; parece que se rompen; producen un ruido de esqueleto desarticulado. La sultana va en barca; es pálida; tiene el rostro de acuarela, como tú; se vuelve al harén; también yo me voy a un harén-cooperativa, a escoger mujeres. Tú tienes la languidez musulmana. Los ojos, color de sulfato de cobre; un cuerpo de danzarina del Cambojge, y danzas en medio de una fiesta pirotécnica; cada girándula es un sol; haz una lluvia de estrellas de tus cabellos pálidos; una gran girándula rubia; y un cosaco a caballo tira el pañuelo, e inclinándose en la carrera hasta el suelo, lo recoge. Eres hermosa, tan hermosa, Mélitta, que no debes envejecer; vivirás no más de treinta años, como las leonas y las panteras. Si quieres que te mate yo, no te haré sufrir; te mataré en un bello país: en Tierra Santa, en un hotel; en el Gólgota-Hotel, o en la cervecería del Cirineo ceremonioso, o en el Tabarín del Mal Ladrón.

Abrió los ojos.

— ¡Mélitta!

Saltó al centro de la estancia; buscó el interruptor de la luz.

Había huído.

Mauro se tambaleó de aquí para allá, y fué a caer junto a la ventana. Su cabeza dió sobre el King,

el instrumento chino formado de varias piezas sobrepuestas, como un telar de bambú.

De vuelta a su casa, Mélitta halló al profesor Manso Birri, que salía. Con el gabán abrochado y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, bajaba con relativa seguridad las escaleras; porque al llegar a cada rellano, exploraba el terreno con la punta del pie, cerciorándose de que no quedaba otro escalón, y ponía en esto una atención tal que Mélitta pudo pasar muy bien por su lado sin que el profesor la reconociese.

— ¿Quién ha mandado estas rosas?

— El profesor Birri—contestó la camarera, llamada por un toque de timbre.

— Llévatelas al comedor.

— Son para usted.

— Pues tíralas a la calle.

El padre y la tía se dirigieron mudas y recíprocamente miradas.

— El profesor Birri—empezó el padre—ha venido a vernos.

— Lo encontré por la escalera; me ha pisado un pie y no me ha reconocido. Se ve que me ama poco.

— Todo lo contrario—respondió el padre.—Ha venido precisamente a pedir tu mano.

— ¿Mi mano? ¿Y qué va a hacer con ella? ¿La necesita para que le ponga los sinapismos?

— No bromees, Iluska.

— ¿Que quiere de mí?

— Casarse contigo.

— Pero si yo estoy ya casada.

— Ese matrimonio se anula.

— Entonces: ¿habéis contratado un matrimonio para anularlo?

— Es que la prueba no ha salido bien.

— Pues esta otra saldrá peor.

— Saldrá mejor.

— Pero si puede ser mi padre.

— Es una ventaja.

—¡Que horror! Con esa cara tan arrugada, que parece que va a estornudar constantemente.

—Es un hombre de experiencia, que comprende las cosas, y va con pies de plomo.

—Ya lo he visto y notado en la escalera.

—Pasaría hasta por tu pasado.

—No lo conoce.

—¡Tanto mejor!

—¡Vaya una gracia!

—No pretenderás vivir mucho tiempo en las condiciones de ahora. Estás legalmente casada, sin que te pueda considerar esposa; tienes un marido que no es marido; vives en casa de tus padres, como una soltera.

—No me pases por delante de los ojos mi infelicidad, porque eres tú quien la ha querido.

—Iluska, no te entiendo.

—¿Y hasta ahora no has caído en la cuenta de que no me entiendes?

El padre calló. Mélitta sufrió un ataque de risa nerviosa.

—¿Yo mujer de un profesor de... ¿De qué? ¿De lenguas muertas? ¿Con esos bigotes de tinta china, y esa nariz luminosa como un faro?

—Un faro puede ser útil a una muchacha que ha perdido la brújula.

—¡Piénsalo, Iluska!—suplicó la tía.—Ha dicho que está seguro de hacerme feliz.

—¡Qué presunción! Pero ¡cuánta gente se pone en contra mía para hacerme feliz!

*
* *

Mauro, después de una noche pasada en la alfombra, se asombró de verse vestido, al despertar, a las once de la mañana, con una cicatriz en la frente: la pipa de vidrio de Venecia no era más que un pequeño montón de añicos.

Se incorporó atontado. Automáticamente se desnudó, se dió un baño frío, se envolvió en una toalla-capa, y poniendo un espejo en las maderas de la ventana, empezó a enjabonarse el rostro.

Nunca había estado tan triste. Todo le producía fastidio: la luz, los pájaros, el leve ruido de un destilador mal cerrado. Desde un balcón de enfrente, una señorita le miraba.

Se enjabonó resoplando.

La señorita siguió mirándole.

—¡Ahora te arreglaré yo!—murmuró.

Se quitó la toalla-capa, la tiró lejos, y volvió a la ventana completamente desnudo.

—A ver si ahora miras—dijo entre sí.

En efecto, la señorita se metió en casa apresuradamente, y volvió con una silla y unos gemelos.

Se empolvó cuidadosamente, se curó la herida y salió. Era mediodía.

Su aparición en casa de Mélitta desbigotó a la tía.

—¿Está Iluska?

—Voy a ver.

—No se moleste. Yo sé que está.

—¿Qué quiere usted?

—Que venga a almorzar conmigo.

Mélitta se presentó.

—¿Soy tu marido?

—Sí.

—Pues bien: deseo que vengas a almorzar conmigo. ¿Es pedir mucho?

—No.

—Vístete. Te espero abajo.

La tía se desató en lágrimas; Donatella aspiró sales; el padre palideció.

—¿Me lo habéis impuesto para toda la vida, y os impresionas que me vaya con él un par de horas?

Mélitta y Mauro se dirigieron lentamente al centro de la ciudad.

—Ayer, Mélitta, te di un espectáculo desagradable. Necesito que me perdones.